

Autorretrato

Un rostro sometido a constante
vapuleo y a un cuidadoso deterioro
sobre las partes más accesibles
para el viento y para la canícula
bucea sin pausa y sin consuelo
a través de una sustancia externa
que le impregna los ojos de estupor
e interpreta a su manera los vestigios
de una realidad esplendorosa
que los ojos acogen confundidos.
Sustancia pegajosa que le daña
sin previa concesión; acumulada
en los hombros y retenida en el pecho,
allí se fortifica y nutre la corteza.

Nada sonoro puebla su interior
salvo esas mínimas lesiones
que la brisa convierte en arrebatos
y en el rostro adquieren contundencia.
No ya las arrugas de la frente
ni la preponderancia de los pómulos
ni la callada explosión de las cejas
guardan para sí todo detrimento,
sino que también la boca expresa
su rechazo que la mirada corrobora.

Hay un enfrentamiento desigual
entre dos territorios opuestos
que se nublan uno al otro como
queriendo resarcirse de una herida

provocada en el primer encuentro.
Y la sangre desbordada desde entonces
se traduce en palabras equívocas
y pigmentos varados en la niebla
que intentan una escasa ordenación
del mundo, siempre a punto de perderse
en una especie de olvido inalterable.

Después de someterse a tanta realidad
este rostro enfrentado se sostiene
sobre un pilar agredido por el barro.
A él se adhiere el tiempo y lo quebranta,
hunden las lluvias sus dardos venenosos
sobre la piel, y dentro la carcoma
desarrolla su trabajo indeleble.

Este es el rostro de una pieza más
en el engranaje de las sombras.
No un rostro particular de nadie,
sino consecuencia de las cosas,
atribuible a la erosión sobre la piedra.

Desnudo

Cuántas manos han pasado ya
por estos poros y los han llenado
de una lenta confusión de arrugas,
de un predominio de erosión
que acude a su cita con el cuerpo,
lo doblega a un ritmo temerario,
le impone sequedad y un duelo
por las horas pasadas.

Cuántas manos tienen que pasar
por estos poros, inevitable-
mente pasajeras pero exactas,
puntuales en su empeño, estrictas
en su tarea fatigosa,
dejando una inquietud constante
después del acoso y del asedio.

La mano de la realidad es terca y pobre,
avezada a un poderío sin réplica
que la deja sola ante los cuerpos,
poderosa en su infinita concreción
avasalladora y febril como una roca.

La mano del tiempo perfecciona
su delgada intromisión cuanto penetra
con las uñas en los miembros
y los debilita con una pesadez morosa
que conduce a un fin decrépito.
Y no ejercerán ni un movimiento en contra.

Pero las otras manos,
las que escarban en la piel buscando
y se entretienen en sus comisuras,
¿a dónde llegarán con su discurso torpe
y esa pretendida sumisión al gozo?
Manos diferentes que administran
su escaso rendimiento y que se ocultan
dejando al cuerpo en desnudez,
vacío de presencias y rememorando.

Mujer yacente

La soledad comunica sus estragos
a través de la piel y del coraje.
Se ciñe a su armazón, se clarifica
cada vez que una palabra tienta
la verdad y extrema su sentido.
No procede de un lugar inexacto
ni de una condición aberrante,
sino que se transparenta en el cuerpo
y en él solidifica sus costumbres.

Un olor entre amargo y discreto
vierten los poros en la habitación
en penumbra y la invade una niebla.
La soledad aquí sola sustenta

toda posible realidad, todo peso.
No significan cobijo las paredes
ni el suelo aparenta gravedad
Sólo un espejo de tamaño humano
siembra la inquietud mientras espera.

Una figura de mujer yacente
y arropada por debajo del pecho
abre los brazos en abanico tenso
y reclama la presencia del hombre.
Pero no hay señales ni vestigios
por los que se deduzca un trazo humano.
Queda el perfume de la memoria
confundido entre el olor de la madera.
Y de todo esto se benefician las sombras.

Alejandro Valero

